El P. Arrupe, que voy conociendo...

San Sebastián, Navidad, 2006 I. Iglesias, S.J.

Se me ha encargado una charla, no una conferencia. O, lo que es lo mismo, que lo que tengo que compartir con vosotros no tenía que prepararlo en la biblioteca. He procurado no ir a la biblioteca, más que a lo imprescindible. No me quedan, pues, más que dos caminos posibles: Uno, pasaros una película de recuerdos y anécdotas personales sobre Arrupe. El problema es que, ya antes de que fuera viejo, fui desmemoriado para anécdotas, hechos y sus circunstancias, nombres, personas... (ahora mucho más). ¿Problema de registrar mal, o registrar en superficie, o registrar en disco usado, o registrar a tales velocidades, que se me atropellan y, unos a otros, se me borran los archivos? Comprenderéis que, a estas alturas de la vida, no pierda tiempo en analizar esas causas...

No me queda otro camino, que el de compartir con vosotros mi itinerario personal de estos 41 años de conocimiento de Arrupe, que, como todo lo vivencial, no me lo programé, que ha ido viniendo y que incluso, en muchos de sus pasos, ni me había parado a formularlo para mí mismo, hasta ahora. He titulado esta charla: EL P. ARRUPE, QUE VOY CONOCIENDO, así en presente. Como si continuara entre nosotros. Que continúa. Lo que quiere decir que este camino no está terminado. Sigo haciéndolo. Y, si cabe, con más pasión que nunca. Y me encantaría saber que otros lo continúan. Lo puede hacer cualquiera.

En algún sitio he dejado escrito que "después de la vida y la fe, que incluye, como es obvio, a mi familia , y después de la llamada del Señor a la Compañía de Jesús, los nueve años y medio (1972-1981) vividos con Arrupe han sido la gracia más importante de mi vida". Lo ratifico hoy. Al mismo tiempo que me doy golpes de pecho de no haber conocido y aprovechado, más y mejor, esta gracia habiendo estado tan cerca de ella.

Una vivencia primera, que me puede en este momento y cada vez más, es que a Arrupe le hemos conocido y dado a conocer principalmente por fuera: lo que hizo, lo que escribió, sus intuiciones, cómo actuó... Era inevitable, más aún, necesario. Y ha sido bueno, incluso muy bueno. Pero, a poco que se le observara y tratara, -y es experiencia de muchos-, saltaba la sospecha de que lo verdaderamente importante de Arrupe estaba por dentro. Y, poco a poco, sin proponérmelo formalmente, al menos al principio, me sorprendí recorriendo este misterioso camino hacia su mundo interior. Mi recorrido, no terminado y muy resumido, es el que comparto con vosotros.

En un primer momento, por vía deductiva, traté de excavar en los textos de Arrupe el Evangelio que los subyace, para concluir el Evangelio por el que había sido particularmente impactado. Es un camino largamente posible todavía, porque hay muchísimo Evangelio en esos textos. Fue lo que hice, por ejemplo, cuando un buen día el Superior de la Curia, P. Petar Galauner (Serbia), -próximo ya el jubileo de los 50 años de Compañía de Arrupe-, me pidió tener una plática a la comunidad sobre "*El pensamiento espiritual del P. Arrupe*". Añadió, sin duda con la buena voluntad de ayudarme: Selecciona del Acta Romana las líneas más

importantes de su pensamiento espiritual y haz una síntesis. Como ni entonces ni ahora he sabido hacer milagros, -soy puro aficionado en esta plaza-, a tiempo me di cuenta del disparate que había hecho al aceptar sin condiciones la invitación del Superior. Porque el pensamiento espiritual de Arrupe, al menos lo más personal y vital del mismo, no se encuentra principalmente en Acta Romana. Y desde luego pretender sintetizarlo para una plática, entonces y ahora, sobrepasa a cualquiera, a mí por supuesto. Eso fue el 13 de enero de 1977. El P. Arrupe no asistió a la plática, de lo que me alegré. Más tarde me llamó a su cuarto exclusivamente para agradecerme lo que entonces me salió.

Pero otro camino, que entonces emprendí y que me gustaría seguir hasta donde den de sí la vida y los medios, se me abrió cuando, dos días después, en la homilía en el Gesù, con ocasión del jubileo de sus 50 años de jesuita, le escuché: *Al oír esas historias personales, se percibe en todas ellas algo que no se dice, porque no se puede decir: es un secreto personal, que ni uno mismo a veces alcanza a percibir completamente. Esa parte oculta o semioculta aun para nosotros mismos es la verdaderamente interesante, porque es la parte más íntima, más profunda, más personal* (...) *Es el secreto del maravilloso amor trinitario, que irrumpe cuando quiere en la vida de cada uno de una manera inesperada, inexpresable, irracional, irresistible, pero a la vez maravillosa y decisiva.*

Desde entonces ese secreto me ha atraído, incluso apasionado. Y es mi interés explorarlo, conocerlo y darlo a conocer, - como alma de todo lo que Arrupe fue, dijo, escribió y realizó-, rebuscando allí donde se manifiesta más directa y espontáneamente, en sus escritos más personales: apuntes espirituales, oraciones, cartas particulares, notas de pláticas, esquemas de charlas...

Acto 1º: *Un gran amigo*

Mi primer encuentro personal con Arrupe sucedió durante la Congregación General 31ª, que le eligió General. Entonces yo era un "jovenzuelo" de 40 años. Él me llevaba 18, pero tenía a sus espaldas y en su corazón una experiencia humana y cristiana inmensamente más rica que la mía. Le admiré. Pero en aquel momento me preocuparon más los trabajos apasionantes de la Congregación, que su persona.

Cuando seis años después me llamó a Roma, ya no ocuparon los trabajos la pantalla. Por lo menos, no toda. Poco a poco la fue invadiendo la persona que te proponía trabajos, más que los trabajos que te proponía y el cómo te los proponía. Arrupe preguntaba mucho. ¿Os habéis fijado cuántas preguntas inserta en sus escritos públicos a la Compañía? Probadlo. Veréis que no son preguntas retóricas y, mucho menos preguntas de un curioso por instinto. Son preguntas limpias, directas, de quien necesita aprender del otro, y no lo disimula. Preguntar era su estilo; la permanente manifestación de su voluntad de escuchar. Y la escucha es esencialmente el primer paso de todo verdadero diálogo.

Cinco años más tarde me sorprendió oírle cómo se autorretrataba, en este sentido hablando a los religiosos (Madrid, 12 abril 1977, en la Semana de Vida Religiosa). Afirmó: *La grandeza del hombre radica en la incapacidad de fijar límites a su propia índole interrogativa, el ser él mismo pregunta e interrogante abierta (...) No existe ninguna experiencia de Dios que apague por entero esta*

nuestra condición de seres preguntantes, inquietos, insatisfechos con la realidad que vamos configurando. Ni hay motivo para ocultar angustiosamente que nuestra experiencia de Dios es así de interrogativa, abierta y problemática. Aun la de los grandes místicos lo ha sido (...) Lo importante es que sepamos hacer de esas personalísimas reacciones, nacidas en lo más profundo de nosotros mismos, una auténtica experiencia de Dios hecha de interrogantes y silencios; interrogaciones que no juzgan, sino que piden humildemente y silencios que esperan. La interrogación es la oración del niño (¿por qué?, ¿cómo?, ¿quién?, ¿qué cosa?...) El silencio la oración del pobre" (IHF 676.77).

Seguí observando lo primero que saltaba a la vista: su modo de relacionarse con todos. Preguntar era su particularísimo recurso personal para abrir la puerta, su puerta, a lo mejor de él. Era su forma de invitar a pasar, a entrar. De modo que la relación empezaba a fluir desde el primer momento por todos los recorridos, desde el asentimiento a la discrepancia, pasando por la duda, la espera, el recuerdo, la crítica, el silencio... Inmediatamente encendía Arrupe una verdadera relación de "amigos". Que eso es lo que fue siempre Arrupe: un gran amigo. Así lo viví yo desde el primer instante y me consta que lo vivieron muchos. Amigo con el que puedes coincidir y coincides, de hecho, en muchas cosas, pero del que poco a poco te vas atreviendo a disentir, sin que por eso experimentes que merma la confianza que depositó en ti desde el primer momento.

Acto 2º: *Un gran amigo universal*

Arrupe fue, además, un gran Amigo universal. Porque éste era su modo habitual de actuar con todos, personalizadamente.

En el libro de próxima aparición "PEDRO ARRUPE, GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS (Nuevas Aportaciones a su biografía)", el capítulo dedicado a la relación y actuación de Arrupe en África, su autor, un jesuita congolés, Simon Pierre Metena M'nteba, lo enmarca en esta significativa anécdota: "Es un curioso aparte de Arrupe, en una de sus visitas a África, con un joven cocinero de una de nuestras comunidades. Quienes los veíamos a distancia nos preguntábamos: -¿Qué estarán diciéndose, que provoca en los dos una risa tan espontánea? Su interlocutor africano, con quien pude hablar en 1999, es decir, tres décadas después del hecho, ya no se acordaba de qué estaban hablando. Pero todavía recordaba, como si hubiera sucedido la víspera, la asombrosa impresión que le había dejado. Y me preguntó: ¿Cómo podía ser que aquel Padre tan importante, fuera al mismo tiempo tan impresionante y tan humilde, tan 'Mfumu' (Jefe) y tan cercano a todos?"

Aquel cocinero formuló directo y sencillo, como los niños, lo que, sin duda más fríamente, fue mi conclusión de unas páginas testimoniales sobre Arrupe como gracia de Dios para la Compañía y para la Iglesia: "No he agotado la gracia de Dios de ese hombre ambulante por todos los caminos del mundo y por todos los escenarios de los hombres, que fue PEDRO ARRUPE, hombre de todos y para todos. O, mejor todavía, "por" todos. Como el Maestro. Todos nos sentimos importantes a su lado. A nadie hizo sombra. Quienes le conocimos, le tuvimos, y le seguimos teniendo, por nuestro".

El mismo Arrupe se retrata ingenuamente, -se retrataba en cada paso, cada palabra, cada gesto...-, cuando interrogado por un periodista de la RAI italiana sobre sus hobbys (música, teatro, viajes, lectura...), sin dejarle concluir la pregunta, le respondió de un escopetazo: "*Mi hobby es estar con la gente*". La gente, las personas, cada persona, fueron su horizonte de vida. Un horizonte siempre abierto, que acababa pasando a formar parte de su propia existencia. Quienes le han conocido y le han tratado, -testimonia el P. Calvez-, cuentan que, en los encuentros de Arrupe con cualquiera, era todo para su interlocutor, hasta el punto que éste llegaba a experimentarse el único del mundo para un Arrupe con todo su tiempo para él.

Como esencialmente misionero, que es lo que siempre fue Arrupe, su interés fueron las personas, su objetivo las personas, sus recursos todos los de su propia persona, su dolor el no poder alcanzarlas. Apenas llegado a Japón y volcado y absorbido, en el estudio del japonés, se desahogó con su gran amigo el P. Iturrioz: *Se trata de que unos miles de caracteres entren en estos cerebros ya un poco endurecidos por los años. Desde la mañana a la noche japonés y más japonés* (...) *La única pena es que por esta dificultad tengamos que estar aquí amordazados, cuando a nuestro alrededor hay tantos millones que no han oído hablar jamás de nuestro Señor Jesucristo. ¡Qué bien se entiende aquí el ardor y las lágrimas de Javier...! ¡Este es un gran misterio, pero realidad: que el Señor nos haya escogido para salvar sus almas a nosotros, que no sabemos ni hablar!*

Puede sorprender que un hombre que sueña el mundo y que vibra en universal, fuese un hombre que apenas leía periódicos ni veía televisión Evocando sus años de formación, en ocasión de los 50 años de Compañía de su amigo Jesús Iturrioz, se lo recuerda: *Recuerdo muy bien que en Valkenburg, le preguntaba por las noticias del día, -porque yo no tenía tiempo para leer los periódicos-, y que Vd., después de echarme en cara mi poca afición a esta clase de literatura, me informaba exactamente de todo lo que pasaba por el mundo. Y esto un día y otro...*

No era comodidad ni pereza. Era opción consciente, cuya clave dejará entrever, ya General, en la entrevista con Jean-Claude Dietsch, cuando éste le abordó: -¿No leía Vd. los periódicos? Su respuesta: *-Muy poco. ¿Se extraña? Tenga presente que un jesuita en formación no disponía entonces de los medios de información de los que dispone Vd. Me interesaban menos los acontecimientos, que el cómo reaccionaban ante ellos las personas de mi alrededor. Me gustaba preguntar a los otros lo que traían los periódicos y escuchar su relato. Se divertían conmigo: - ¡Mira, ya baja Don Pedro de su planeta!* Su planeta estaba lleno de personas concretas y era tarea suya de cada día dar espacio cada vez a más. Nadie llamó a su puerta, que no se la abriera él mismo muchas veces.

Día a día me intrigaba más esta historia. Su "hacerse todo a todos" era evidente. Pero era igualmente evidente que este hacerse todo a todos no se explicaba por pura simpatía natural, que siempre tuvo, ni por habilidad y recursos humanos, en los que sobreabundaba. Fue entonces cuando mi interés empezó a desplazarse poco a poco, de la reflexión sobre sus escritos e intervenciones "oficiales", a la observación de lo que veía y oía y a la búsqueda de otros escritos suyos más autobiográficos por más personales. Mi interés era, -y sigue siendo-, remontar río arriba su vida, allí donde se manifiesta más suya, en busca del hilo conductor de su existencia, del eje que dio a ésta unidad y coherencia y que

explica ese “hacerse todo a todos” tan radical, tan presente y tan visible en todo momento.

Volví a releer, -y desde entonces lo aprecio cada vez más-, el caudal de sus fuentes autobiográficas, prácticamente reconducidas a *Ese Japón increíble,* el del mundo de sus oraciones, sobre todo, las más espontáneas, de algunas de las cuales fui testigo, el de la correspondencia personal y el de notas y escritos más íntimos que a cuentagotas han ido cayendo en mis manos. Son como el “protoevangelio” de Pedro Arrupe. Tiene que existir mucho material de ésta clase, porque Arrupe escribía muchísimo. Y, consciente de la desproporción entre el que busca y lo buscado, me he sorprendido más y más metido en la aventura de esta remontada, a ratos apasionante a ratos decepcionante, no por la remontada en sí, ni por la dificultad del personaje mismo que es pura transparencia, sino por la dificultad de hallar esos textos vírgenes que son su mejor retrato.

Existen muchos, estoy seguro, porque Arrupe vivía bolígrafo en mano. Como preguntaba mucho, observaba mucho, reflexionaba mucho, escribía mucho sobre un papel cualquiera, una intuición al vuelo, una idea inspiradora que acababa de leer, un comentario que le había interesado. Se diría que este escribir era el complemento necesario de su escucha a Dios, a los hermanos, al mundo y a su mundo interior.

Muchas veces me he arrepentido de cobardía y de falta de reflejos para aprovechar ocasiones tan abundantes, como las que he tenido, de ir directamente al manantial mismo, al que ahora intento llegar remontando río arriba el caudal de estos escritos más personales.

Acto 3º: *Su secreto*

Y en esta fase me encuentro buscando de dónde le viene a Arrupe es “hacerse todo a todos” tan radical, que le define. Sintetizo mucho.

Su camino de Damasco, -que también lo tuvo-, el del descubrimiento del otro, de los otros, como horizonte primero de la propia vida, lo sitúa él mismo en Vallecas, en sus experiencias de universitario-catequista en Madrid. Ante aquellos “pobres golfillos”, como él los llama, se rompe Arrupe. *Me hicieron pensar. Me obligaron a caer en la cuenta de que, además de mi mundo, existía otro en el que había aún mucho que hacer.* Luego fue Lourdes. Y no sólo los milagros. *Vi a Dios tan cerca de los que sufren, de los que lloran, que se encendió en mí el deseo ardiente de imitarle en esta voluntaria proximidad a los desechos de este mundo, que la sociedad desprecia...*

Y de ahí al noviciado y juniorado de Loyola, al destierro de Bélgica y Holanda, a los hispanos en USA y a los hijos de la guerra española en Méjico, episodios en sí menores, pero que recuerda con gran espacio, lucidez y relieve en sus Memorias. Cada paso de esta historia es un arrancón para un proceso de mayor vaciamiento y entrega personal, que atraviesa como un eje toda su vida. Lo inició pronto y lo siguió siempre, porque, desde el principio vio, que era el camino de Dios, “hecho en su Hijo todo a todos”. Ya en los primeros pasos de Loyola su norte es la Encarnación. Sorprende, y lo podéis verificar facilísimamente por vosotros mismos, la cantidad de veces que en sus escritos fundamentales y pastorales a la Compañía se remite a este misterio, centrando en él el diálogo

esencial permanente de todo seguidor de Jesús: el *"por mí - por Ti"* de los Ejercicios.

De este camino no se saldrá nunca, Ya General, lo retomará sin darse tregua, con frecuentes visitas y continuas referencias a La Storta, al Padre que le pone con su Hijo portador de la cruz y que le asegura serle propicio en Roma. Hasta, como en otras hondas experiencias suyas, lo adornará con formas y expresiones de patente propia, que hoy nos pueden sonar a ingenuas, pero que retratan al Arrupe más auténtico.

Fue ya muy al principio, durante su formación, cuándo sintió la necesidad de clavar ese diálogo básico suyo, el *por mí - por Ti,* con el *voto de perfección* formulado no antes de los primeros votos y no después de su tercera probación, más cerca de los primeros que de la segunda. Voto de perfección que no tiene nada que ver con el narcisismo de ser y de aparecer "*perfecto"*, sino todo que ver con el "Heme aquí para hacer tu voluntad" y el "Hágase en mí según tu palabra" que identifican al Hijo y a la Madre en la Encarnación, y por el que se comprometió a vivir buscando lo que agrada a Dios en la historia concreta de cada día y a proceder por ello.

Ya durante los estudios de teología, en pleno destierro de Valkenburg, escribe a su connovicio y gran amigo Jesús Iturrioz: *Hala, querido Hermano Jesús, no se olvide de pedir por mí para que sea un buen "conejillo de Indias"*. Iturrioz conoció como ninguno a Arrupe y compartió este género de expresiones, -ésta muy en concreto-, pues él copió de su propio puño y letra, la oración esencial de Arrupe (agosto 1933), expresión de su entrega incondicional a Cristo en el espíritu de su voto de perfección:

Aquí vengo, Señor, para deciros desde lo más íntimo de mi corazón y con la mayor sinceridad y cariño de que soy capaz, que no hay nada en el mundo que me atraiga, sino Tu solo, Jesús mío. No quiero las cosas y los gustos del mundo, no quiero consolarme con las criaturas y los hombres, sólo quiero vaciarme del todo y de mí mismo para amarte a Ti. Para Ti, Señor, todo mi corazón, todos sus afectos, todos sus cariños, todas sus delicadezas (...) *Heme aquí, como verdadero conejillo de Indias, pronto a ser sometido a todos los procedimientos, para que se vean en él los efectos de vuestras promesas* (...) *Atadme, clavadme, si es preciso, pues si en el momento de la prueba lo rehuyo, ya sabéis que es por lo miserable que soy; que buena voluntad no me falta...*

Y no había de faltarle, al contrario, cuando seis años después, ya desde Japón, y todavía en el primer año de su experiencia misionera, escriba de nuevo a Jesús Iturrioz: *...Ahora no planeo, pero estoy convencido de que estoy en el puesto que Dios me ha destinado. Le decía que no planeo, y no es verdad. Planeo, pero mis planes son en otra dirección; planeo solamente la confianza en Jesucristo; es decir, planeo solamente un proyecto: el de echarme en las manos de Cristo y que Él me lleve. No veo en concreto cual sea mi modo de trabajar aquí, ni por ahora lo puedo ver, pero sí siento con una persuasión íntima que el modo de convertir las almas a Cristo es el predicar y, <u>sobre todo el practicar su doctrina llevándola hasta las últimas consecuencias</u>. A mi modo de ver éste es el secreto del éxito de Javier...* Y éste, -añado yo-, es también el secreto del de Pedro Arrupe.

Acto 4º: *"...hasta las últimas consecuencias"*

He intentado, según mis recortadas posibilidades, seguir los caminos de Arrupe a la luz de este "*practicar su doctrina llevándola hasta las últimas consecuencias".* Y se me han hecho luminosos, rectos, coherentes, por de pronto, los 27 años de su historia de misionero en Japón. Historia sin la que no pueden comprenderse sus años como General. Historia que empezó un 15 de octubre de 1938, cuando pisó por primera vez tierra japonesa: *Sentí la debilidad de las grandes emociones y lloré. Fue una de las pocas veces que lo he hecho ya de hombre. Tal vez la segunda después de la muerte de mis padres. La única nube aquella mañana jubilosa fue el temor a no ser fiel a la grandeza de su vocación misionera. Por eso pedí a Dios que me hiciese morir antes que serle infiel.*

Muy pronto descubrió que no era sólo cuestión de ser generoso, sino de modo de serlo. Llegaba a Japón armado hasta los dientes, de estudios, apuntes, libros y ciencia para evangelizar. Ya desde el primer día se dio cuenta de que casi todo aquel equipo le sobraba. O había que usar primero otro. *Al principio me desconcertó muchísimo comprobar que metafísica y pastoral son cosas diversas. En Europa y América se prueba con argumentos; en Japón se prueba con una convicción vivida, que naturalmente ha de desprenderse explícita o implícitamente de esos mismos argumentos. En otros países nos preguntan por qué creemos; en Japón se fijan en cómo creemos. Allí pesan el valor de nuestra ideología desnuda, descarnada; aquí si nuestra vida es consecuente con esa ideología, cuyo esqueleto no les interesa apenas conocer.*

Otra vez, y más fuerte que hasta ahora, la gimnasia de encarnación, de despojo y de entrega. "Hacerse todo a todos" ahora, en Japón, no es sólo aprender una lengua difícil, sino vaciarse penetrado de Evangelio en el alma de la lengua, de las costumbres, de la ideología, de la visión de la vida. Observar, aprender, hasta identificarse (verbo que le será muy familiar), *hasta pensar con la cabeza del otro*. Y éste es de nuevo, y ya definitivamente su inmediato objetivo misionero: *La psicología japonesa, o la estudiamos alguna vez o no la comprenderemos nunca.*

"¿Qué caminos seguir para llegar al alma japonesa?", se pregunta, dispuesto a caminarlos todos. Los que sean. Los caminos (*dô*) del zen: la manera de preparar y presentar el té (*chadô*), una ceremonia que nada tiene que ver con nuestras reglas de cortesía; el tiro al arco (*kyodô*), que no es un deporte, sino una filosofía; la manera de preparar un ramo de flores (*kadô*), que supone cinco años de estudios para obtener un diploma; la manera de defenderse (*judô*) que integra elegancia y eficacia; la esgrima (*kenddô)* con bastones o con espadas, y que es tanto un arte como una lucha; el (*shodó*) o manera de componer y escribir un poema, no sólo en función de la idea y de la prosodia, sino también en función del dibujo de los caracteres que lo expresan....

Un vaciamiento de encarnación permanente recorre como una sangre los 27 años misioneros de Arrupe y sus mil peripecias. Los resumirá así: *La fe la hemos de entregar íntegra; suavizar una sola arista seria mutilar la verdad. Pero lo occidental, por íntimo y nuestro que nos parezca, hay que sacrificarlo. Lo contrario sería hacer más empinado aún, injustamente, ese camino de renuncias, que para un pagano adulto supone la ascensión a la fe. Sólo con esa generosa renuncia a todo lo suyo que no está esencialmente unido a la fe, podrá el misionero romper no pocas de las barreras que le separan de los infieles. En el*

camino de la adaptación, la consigna está dada ya hace muchos siglos por San Pablo: Hacerse todo a todos.

Este es el "camino" que recorre Arrupe a pulso, creativamente, día a día y noche a noche, roturándolo, pues no existían, ni de lejos, los medios que luego él establecerá, siendo Provincial, para ayudar a la inculturación de los nuevos misioneros, ya desde el principio. Se le podría ver, por ejemplo, de diez a once de la noche, mientras sus novicios dormían, montar su vieja y famosa bicicleta, para acudir a su profesor de lengua o al de la ceremonia del te, o al que le iniciará en el arte del kakemono a preparar la tinta y manejar el pincel, *identificándose*, que es la palabra con que resume Arrupe el voluntario vaciamiento de sí, su primer objetivo misionero.

Es un ir perdiéndose a sí mismo, -escribe-, *para identificarse con la manera de ser de los otros, sin olvidarse que esos "otros", los maestros, no tanto dan al discípulo sus propios sentimientos y sus propios rasgos, cuanto lo que ellos aprendieron de sus profesores en una línea siempre invariable que se mantiene continuamente dentro del molde de la tradición.* Y confiesa en este punto su más profunda conversión misionera: *El novel misionero, que llega al Japón sueña con convertir muchas almas* (...) *Yo pasé por ese sueño que es el de todos... Para trabajar con eficacia hay que penetrar lo más hondo de su idiosincrasia, de su manera de pensar... Hay que hacerse como uno de ellos... Esto es lo que me decidió a estudiar el* Nô*. Me costaba consagrarle tanto tiempo, pero lo juzgué una necesidad. Preferí hacer el apostolado como Dios me lo pedía..., antes que seguir mi propio camino.*

Nada extraño que, -ya viceprovincial y primer provincial de la recién creada provincia de Japón-, fuera tan radical iniciando a los jesuitas extranjeros jóvenes, destinados en gran número a Japón en aquellos años: *No vale escudarse en el modo de pensar o actuar en vuestros países de origen; el único punto de referencia para todos vosotros y para la comunidad a la que pertenecéis no es América, España o Alemania: es Japón y los japoneses: la lengua, las costumbres, la cortesía, el modo de pensar y sentir de los japoneses. Si alguno no puede aceptar esto, su sitio no está en Japón.*

Era su convicción misionera profunda, alma de su vaciamiento misionero real, nacida y alimentada en el trato íntimo con el "hecho uno de tantos, todo a todos..." en la Encarnación. *Por eso yo suelo decir a los que parten para países de misión: Deje en su tierra, al pasar la aduana, el bagaje de muchos de sus gustos, de su mentalidad, de sus aficiones; lleve consigo un amor grande a Cristo, y esto en abundancia, pues el resto no lo va a necesitar y le va a pesar mucho.*

Y nada extraño que a sus novicios japoneses, - Japón es retratado como pueblo pundonoroso, que aspira siempre a superarse y superar-, esto fuese lo primero que les hacía experimentar vivido por él mismo. Explicándoles el "*solamente deseando y eligiendo lo que más conduce"* del Principio y Fundamento, se lo comentaba así: *Quien procura ir siempre y en todo a 'lo más' no mira ahora este medio, ahora este otro, sino que decide escoger siempre, como único camino, lo que más conduzca al fin... Tendrá que escoger el mejor medio... Se llega a la santidad no por medios difíciles, sino por buscar siempre la voluntad de Dios y ver cual es el mejor medio para llevarla a cabo... Este es el camino y no hay otro... El problema está en saber cómo elegiremos siempre ese 'magis'... El Beato La Colombiere, Santa Teresa... hicieron el voto de lo más*

perfecto. Si se piensa en concreto, este voto consiste en el 'magis'. Y ¿no es esto lo más natural para nosotros?....El voto de perfección...no es otra cosa que vivir como verdadero hombre...

En este "hacerse todo a todos" y fuera de todo programa, le esperaba la más dolorosa de las inculturaciones: la inmersión por entero, delante de sus novicios y arrastrándolos con su ejemplo, en una misma inmensa tragedia humana con los habitantes de Hiroshima víctimas de la bomba atómica. Si queréis conocer a Arrupe, volved contemplativamente, *como si presente me hallase,* cada x tiempo a las páginas inigualables de sus Memorias. Apenas habla de sí mismo, pero se autorretrata reviviendo el drama de los otros que ocupa por entero la pantalla de su vida y des-viviéndose sin límite *hasta las últimas consecuencias,* por todos. La estampa de Arrupe en Hiroshima contiene muchos elementos reales y simbólicos, sugeridores, para meditar el pecado humano y para contemplar la Encarnación: el "Hagamos redención del género humano" o el "que la segunda persona se haga hombre..." y para alimentar y avivar generosidades.

Hiroshima es mucho más que un episodio, por muchos conceptos "extremo", de la vida de Arrupe. Es su propia parábola, la de su vida anterior y de la que vendrá. El Arrupe samaritano, olvidado de sí, todo por todos, pero muy particularmente por los heridos de todos los caminos. Provincial primero y luego General, no hará otra cosa que detectarlos, ir derecho a ellos, sin rodeos, volcarse en acogerlos y curarlos. Desde continuar dialogando con los no-creyentes, que pronto serán por encargo del Pablo VI los ateos, hasta la última decisión personalísima suya, la de vaciar la Compañía en el mundo de los refugiados, pasando por su apoyo incondicional al "Proyecto hombre" en sus difíciles orígenes, y por motivar, movilizar y enviar de continuo por todos los caminos a los jesuitas a hacer lo mismo, Arrupe General será fiel a la que sabe única voluntad de Dios: que todos le conozcan a Él y a su Enviado, y fiel al lenguaje de vaciamiento, que el Enviado utiliza para darle a conocer. En ello pone la esencia de la inculturación, a mi juicio, su más preciosa y fecunda aportación a lo que entiende por evangelizar.

Pero el más profundo Getsemaní de Arrupe no fue Hiroshima, sino el aparente "fracaso" de tanto esfuerzo misionero, que describe en páginas sublimes: *Nuestro trabajo era un desesperante derroche de energía y el resultado práctico unos cuantos bautismos, cuyo número, si llenaba los dedos de la mano, lo llamábamos éxito sin precedentes... Había momentos de desaliento, que tenían un solo antídoto eficaz: ir avanzando hasta el fondo del problema, hasta la raíz de todo este misterio de salvación de las almas, hasta el mismo Corazón de Cristo; postrarme en el tatami de nuestra vieja capilla, como Él en el suelo de Getsemaní, buscando consuelo con Cristo en la oración desconsolada: Padre, si es posible...; pero no se haga mi voluntad...*

Pero ¿y la salvación de las almas? Éste es el punto de verdad difícil para el que entiende algo de lo que valen. San Francisco Javier también en aquel Yamaguchi pidió solo almas. Yo las pedía también y sentí en el fondo del alma la voz de lo alto: 'Hasta en esto de la salvación de los hombres, hágase la voluntad del Padre'. ¿No fue ese también el sacrificio más costoso de Cristo en el huerto?

Al corazón misionero de Arrupe, como al de Javier, le dolían todas las involuciones, todos los repliegues, personales e institucionales. Le dolía la

introversión de Europa y sus ridículos aldeanismos, como le dolían los provincialismos de la Compañía. Le parecían borrones contra la Encarnación. Y deslizando el dedo índice sobre el mapa del mundo, que era su horizonte, le he visto detenerse en el mapa de Asia, alertando que el centro de gravedad del mundo (y de la Compañía) ya no estaba en Europa, ni en América; se estaba desplazando a India, Japón, China. *¿No estará*, -se preguntaba y preguntaba-, *en Oriente, en Asia, el porvenir del mundo?* (2.4.78)

Acto 5º: *"hasta el extremo"*

Un nuevo "golpe de timón", y no el último, - otra expresión familiar a Arrupe, para significar el continuo zig-zag que fue su vida de jesuita. En la mañana del 22 de mayo de 1965, en Roma, a medida que, en la tercera votación para General iba sonando su nombre, se le disparó ansiosamente una pregunta, en voz baja, al que tenía al lado: ¿Qué hago? -¡Obedezca! fue la respuesta seca del otro, misionero también como él. Y de nuevo el voto de perfección y el "conejillo de Indias" prometido a Dios afloraron a su conciencia.

Treinta y cinco años después, recibí como una gracia el poder documentar, al menos en parte, estos primeros momentos como General. Revisando en el archivo de nuestra Curia Generalicia la carpeta de papeles personales de Arrupe, en busca de otros papeles, hojas sueltas en las que le había visto registrar sus intuiciones, y las ideas y comentarios que le inspiraban sus lecturas o sus conversaciones, aparecieron las Notas de sus primeros Ejercicios, cuando llevaba sólo dos meses como General. La importancia de este documento para el conocimiento de las convicciones que dan a Arrupe su unidad interior y su coherencia de vida y definen su identidad espiritual, es evidente. El 6 de agosto de 1965, que registra como primer viernes, escribe: *Si siempre, ahora adquiere una actualidad especialísima el <u>voto de perfección</u>. Ahora tengo que observarlo con toda diligencia, pues en esa diligencia en observarlo estará también mi preparación para oír, ver y ser instrumento del Señor, que es cumplir en todo su voluntad.*

Es decir, Arrupe continua siendo misionero (siempre lo fue), tal como él lo entendió siempre, hombre que se hace todo a todos, porque así lo quiere el "Hecho uno de tantos" por todos. Sólo que ahora su mundo de misión es mucho más amplio y plural. No sólo los que no han recibido el anuncio, sino los que lo recibieron "al borde del camino" y se les secó, los que han descolgado y los que abiertamente lo rechazan. Más, naturalmente, sus propios hermanos jesuitas, a quienes no hará otra cosa que movilizar a una evangelización por muchos capítulos nueva. Y, en síntesis, no les enseñará otro método que vaciarse por todos sin más límite, que el de sus fuerzas humanas, estiradas hasta el extremo.

En adelante, afirmó el día de su elección, *me propondré sólo esto: cumplir lo más exactamente posible la voluntad de Dios que se manifieste o por el Sumo Pontífice o por esta Congregación General, que son mis Superiores*, fueron sus primeras palabras como General. Y, como medio inmediato, *seguir el ejemplo de la Iglesia en el Concilio Ecuménico* en proponer las cuestiones con sinceridad y ponderación, discernirlas con criterios sobrenaturales y ser fuertes para realizar lo que parezca necesario u oportuno a mayor gloria de Dios. El Concilio será la mediación más inmediata de esa voluntad de Dios, que se ha comprometido a

vivir “hasta las últimas consecuencias”. Su *voto de perfección* es visible en la seriedad con que hace suyo el Concilio y se lanza a vivirlo.

En verdad estaba preparado desde mucho antes para vivirlo. ¿No os resuena el Concilio en estas palabras suyas?: *Nos encontramos en un momento difícil de la historia de la Compañía. Es sin duda el momento del reajuste de una tradición a un mundo que cambia, que avanza con una metamorfosis vital... Una de las observaciones que más hondamente me impresionaron en mi último viaje por veintitantas provincias de la Compañía fue el constante estribillo: ‘Estamos anticuados en nuestros procedimientos. Tenemos que adaptarnos más a las circunstancias... Ah, si viniera S. Ignacio!,’ repetido por los jóvenes, al que hacía eco otro tema, el de los mayores, dicho con el mismo tono de preocupación: ¿Adonde vamos a parar? Se nos está metiendo un espíritu moderno malsano...Y terminaban también: ¡Si nos viese S. Ignacio!* para concluir: *¿Qué exige el espíritu de la Compañía que hagamos en estos momentos? ¿Qué haría San Ignacio hoy en este mundo?...* Pues estas líneas están escritas en 1957 como Viceprovincial de la Viceprovincia de Japón, cuando todavía Angelo Roncalli (Juan XXIII) era todavía patriarca de Venecia, seis años antes de que convocara el Concilio.

El Concilio es para Arrupe su nuevo programa misionero. Se lanza a vivirlo con la misma generosidad con la que curó heridas y enterró cadáveres en Hiroshima y con la que quemó horas en diálogos interminables, que no llegaban a la conversión, con universitarios japoneses y gente humilde. Lo abrirá a la Compañía en miles de frentes, cuya sola enumeración asombra, y en los que entrará muy a fondo: Iglesia, ateismo, misiones, liberación cristiana, marxismo, evangelización y promoción humana, juventud, apostolado social, ecumenismo, justicia (promoción y formación para ella), misericordia, familia, sacerdocio, pobreza y hambre, educación, Eucaristía, Vida religiosa, Corazón de Cristo...; pero no como problemas teóricos, sino problemas vivos de personas y con personas dentro y abordados desde éstas y por éstas.

Su escenario misionero no es ya una isla del Oriente, sino toda la geografía cruzada y vuelta a cruzar en todas las direcciones. Vive cada uno de sus viajes como un ejercicio de “encarnación”, en suma pobreza, de la que es símbolo su inseparable maletilla, a medida de asiento de avión, para llevada bajo sus piernas. Para él evangelizar es eso: “hacerse todo a todos”, vaciar la propia vida empapada de Evangelio en la de los demás, y hacer que, detrás, el lenguaje de su palabra y sus manos expliquen lo que ya ha puesto delante el lenguaje de su vida. Como Jesús. Su doctrina y sus obras sirven a la “inculturación” previa y permanente, la de la encarnación personal que las precede siempre.

Su primer campo de inculturación ahora fue la Compañía toda, con su inmenso abanico de realidades abordadas dentro de una dinámica de *cambio en fidelidad,* que hará, en frase suya, *más operativo el ‘magis’ ignaciano.* Ve claro en sus Ejercicios 1965 que ha de *hacer un gran esfuerzo por multiplicar y personalizar las relaciones del General con la Compañía y con sus miembros... En este punto no perdonar medios ni gasto; es vital para el gobierno de la Compañía a lo S. Ignacio*. Todos fuimos testigos de este no perdonar su propia persona en el “hacerse todo a todos”, permanente ley de oro de su modo de gobernar. También aquí *hasta las últimas consecuencias*, hasta el extremo de su confianza con todos. A un joven rector, que le confía su inexperiencia, le responderá: *Fíese completamente de sus colaboradores. En alguna ocasión quizá le puedan fallar o defraudar en su confianza; aun así, siga confiando en ellos.*

Y la inevitable pregunta final: -¿Qué ha hecho posible este vaciamiento de sí mismo, su estilo misionero en sus dos escenarios misioneros, Japón y la Compañía, secreto de la autoridad moral de sus palabras y sus obras, que resultan verdaderos autorretratos? En ningún momento esconde o disimula que su secreto está en su constante encuentro personal con Cristo, revelación del amor del Padre y amor concretísimo del Padre, a medida humana. A quien le pregunta qué significa para él Jesucristo, le responde directo: *Todo. Para mi Jesucristo es todo... Fue mi ideal desde mi entrada en la Compañía, fue y sigue siendo mi camino, y ha sido siempre mi fuerza. Quitad a Cristo de mi vida y todo se desplomará, como un cuerpo al que se le quitase el esqueleto, el corazón y la cabeza.*

Observarle relacionándose directamente con Él en sus oraciones o en las notas de sus Ejercicios (1965) da vértigo. *Jesús es mi verdadero, perfecto, perpetuo amigo. A Él me debo entregar y de Él debo recibir su amistad, su apoyo, su dirección. Pero también su intimidad, el descanso, la consulta, el desahogo...; el lugar es ante el sagrario. Jesucristo nunca me puede dejar... ¡Señor que yo no te deje nunca!* Para Arrupe la simbología que condensa todo es el Corazón de Cristo. Ése será también su testamento: *Si queréis un consejo, después de 53 años de vida en la Compañía y de casi 16 de Generalato, os diría que en esta devoción al Corazón de Cristo se esconde una fuerza inmensa; a cada uno toca descubrirla, -si no la ha descubierto ya-, y profundizarla y aplicarla a su vida personal en el modo como el Señor se lo muestre y se lo conceda. Se trata de una gracia extraordinaria que Dios nos ofrece. La Compañía necesita la 'dínamis' encerrada en ese símbolo y en la realidad que nos anuncia: el amor del Corazón de Cristo.*

La respuesta del jesuita a ese Amor la llamará Arrupe <u>disponibilidad incondicional</u>, *corazón de nuestra identidad*, que abre y mantiene abierta la búsqueda de dónde, cómo, en qué y por quiénes, -Evangelio incorporado-, ha de vaciarse el jesuita. El ejercicio de esta disponibilidad, buscadora y realizadora, es el <u>discernimiento,</u> su estilo de caminar -buscar y hallar-, como Ignacio. <u>El discernimiento es para Arrupe el estilo cristiano de caminar preguntando, para caminar vaciándose</u>. Será también su despedida, su testamento en su último "golpe de timón" misionero, el de los diez años últimos de su vida: *Mi mensaje hoy es que estén a disposición del Señor. Que Dios sea siempre el centro, que le escuchemos, que busquemos constantemente qué podemos hacer en su mejor servicio y lo realicemos lo mejor posible, con amor, desprendidos de todo. Que tengamos un sentido muy personal de Dios.* En definitiva, su síntesis personal de la espiritualidad ignaciana, la de su voto de lo más perfecto.

Final: Muy a grandes rasgos, éste es el P. Arrupe que voy conociendo, y el que con la gracia de Dios y la "misión" de los Superiores deseo seguir explorando. Os invito a acompañarme, aconsejarme, corregirme, completarme con vuestras iniciativas y vuestra crítica y a continuar por vosotros mismos esta exploración. A mí se me van abriendo, por el momento, tres vías principales:

1ª / Releer a Arrupe, en todos sus escritos y en su historia, ya siempre desde esta clave: Como escritos e historia de un hombre que ha descubierto en el *hacerse todo a todos* la voluntad de Dios que ha de vivir un cristiano, por el hecho de serlo.

2ª / A la luz de este retrato del Arrupe íntimo, y en la medida en que es válido, deberán ser valorados juicios y actuaciones sobre Arrupe, que no hacen justicia a la transparencia, honradez, limpieza de miras, gratuidad en todo, de este hombre comprometido mediante voto, del principio al fin de su vida, a no hacer nunca otra voluntad que la de su Padre, Dios.

3ª / Seguir explorando, la afinidad profunda entre Ignacio de Loyola y Pedro Arrupe en su amor a la Iglesia. A ésta. Amor maduro, alma de una obediencia responsable. Incluso en ocasiones no infrecuentes de tensión. Verdadera devoción, en el sentido más pleno, a las personas que en uno y otro tiempo representaron a Jesucristo como Siervos de los siervos de Dios. Fui testigo y actor de una breve anécdota que cuento como confesión y porque se la debo: Con frecuencia pasaba por delante de la puerta de nuestra Curia Generalicia la comitiva papal en sus visitas dominicales a las parroquias de Roma. Arrupe tenía encargado al Hermano Redín, el portero que le avisase en cuanto advirtiera que iba a pasar el Papa. Y Arrupe bajaba rápido a saludar al Papa desde la acera de la calle en medio de la gente. Era un segundo nada más. Le acompañé con otros bastantes veces; pero me consta que algunas veces estuvo solo. O con el Hermano Redín. Un día, al regresar con él en el ascensor, me atreví a sugerirle medio en broma que por qué bajar todos los domingos. No le gustó. Bajó los ojos y siguió a su habitación. A Arrupe le dolió, sin duda, mi palabra; a mí me hizo bien, ciertamente, su silencio.

Navidad, 2006 I. Iglesias, S.J.